

LA REUNION DE EDIMBURGO

Una buena parte del mundo, y, por supuesto, Europa de un modo especial, ha estado pendiente los últimos días de las informaciones que le llegaban de Edimburgo y de los comentarios a que daban lugar los resultados de la reunión de los jefes de Estado y de gobierno comunitarios que acaba de tener lugar en la capital escocesa.

A modo de crónica de urgencia se recogen seguidamente algunos de los artículos de mayor interés aparecidos en la prensa internacional inmediatamente después de dicha reunión.

La impresión general es favorable. Se ha salvado Maastricht y, por consiguiente, pueden continuar el proceso integrador y el viaje hacia la Unión Económica y Monetaria. Nadie duda, con todo, que el camino será difícil y que harán falta una gran habilidad y una enorme disciplina por parte de los gobernantes y de los ciudadanos europeos si se quiere conseguir algo positivo. El objetivo, con todo, bien puede merecer la pena.

La CE se aleja del precipicio.

("Financial Times", edit.)

La CE se apartó del abismo en Edimburgo porque sus líderes vieron con claridad el riesgo de caer por el precipicio. Delicados compromisos, sobre todo en relación con el presupuesto comunitario y el problema danés, han vuelto a concentrar a los 12 alrededor del objetivo central de una integración política y económica. Por lo demás, la interpretación de cómo, y en qué período de tiempo, este objetivo ha de ser alcanzado, es ahora, en muchos aspectos, menos ambiciosa y, por consiguiente, más realista y factible que la que se diseñó hace ahora un año en Maastricht.

John Major puede enorgullecerse de haber culminado su presidencia de una Comunidad abrumada, con unos acuerdos que restauran el equilibrio y la razón de ser comunitario. cualquier otra cosa habría producido daños enormes a la buena imagen de la CE, así como a su capacidad de actuación, tanto interna como externa. Y lo que es también muy importante, un fracaso en Edimburgo hubiera reducido grandemente las posibilidades de establecer unas relaciones correctas con la nueva Administración norteamericana, así como de aliviar el caos en Rusia y en otras partes del este europeo.

Con todo, la recuperación del consenso no garantiza en modo alguno que la CE vaya a estar libre de turbulencias. Las conversaciones sobre la incorporación de Austria, Finlandia y Suecia deben empezar el próximo mes. Pero la Comunidad ha de demostrar que es un club en el que vale la pena entrar. La capacidad de decisión mostrada en Escocia debe traducirse ahora en acción. Esto se refiere no sólo a la tarea de hacer que el concepto de subsidiariedad sea a la vez eficaz y significativo para la gente de la calle sino

también al hecho de asegurar una conclusión positiva de las negociaciones del GATT, tema que quedó fuera del orden del día de Edimburgo.

En el frente económico, el camino hacia la unión económica y monetaria parece ahora menos claro que hace un año. Pero esto incrementa la urgencia de que la CE concentre sus esfuerzos en la eliminación de las causas de la inestabilidad que obligó a Gran Bretaña y a Italia a salir del mecanismo de cambios. Tanto en la tarea de hacer frente al desorden monetario como en la búsqueda de soluciones para la más apremiante de las dificultades de la Comunidad -la falta de crecimiento económico- los motivos para el optimismo serán pocos si Alemania no repara el desequilibrio que se ha producido como consecuencia de la equivocada gestión de su reunificación económica. Mientras subsista el estado de cosas presente en este campo, iniciativas como el programa de infraestructuras aprobado en Edimburgo serán poco más que meros paliativos.

Con la puesta en marcha formal del mercado único el mes próximo, la CE ha establecido los mecanismos potencialmente mejores para la expansión a largo plazo de la Comunidad. Pero sin una mayor confianza en las perspectivas a corto plazo -las cuales mejorarían con unos menores tipos de interés alemanes- el programa de 1993 dará unos frutos muy inferiores a los óptimos. Por otra parte, sin una reanudación del crecimiento, los problemas presupuestarios de la CE -apañados a pesar del dramatismo ("histrionics") de Felipe González-, pueden volver a resurgir. Los objetivos de la convergencia serán todavía más difíciles de alcanzar. Y lo que es aún más importante, la impotencia de la CE para contribuir de una forma eficaz a la recuperación de la Europa del este será más que embarazosa. Puede llegar a constituir un desastre.

Si la reunión de Edimburgo ha restablecido el realismo en cuanto al ritmo y al alcance del viaje de Maastricht hacia una mayor integración, también ha resuelto algunas dudas respecto a los que tomarán parte en él. Francia y Alemania han hablado mucho de la necesidad de evitar que la Comunidad se vea influida en exceso por países que se muestran escépticos en cuanto al proceso diseñado en Maastricht. Está claro que el progreso hacia la UEM sólo puede tener lugar a dos o más velocidades. Con todo, Edimburgo ha demostrado que no se producirá un cisma profundo. Dinamarca consiguió sus exenciones relativas a partes fundamentales del tratado y Gran Bretaña resistió las presiones que le hubieran obligado a tener ratificado el tratado de julio de 1993.

Puesto que cabe pensar que tanto Dinamarca como Gran Bretaña ratificarán el acuerdo el año próximo, la agenda general de la política comunitaria continuará siendo establecida por los Doce, a los que se sumarán miembros de la EFTA a partir de mediados de la década. El tratado está lejos de la perfección, pero al establecer el marco para una cooperación más eficaz representa la mejor oportunidad para el desarrollo de políticas susceptibles de incrementar la estabilidad y la prosperidad a lo largo y ancho de Europa.

Bajo el título de *Salvamento*, Le Monde publica el editorial siguiente.

Lo que se ha producido en Edimburgo no es un milagro, y la grave crisis que atraviesa la Comunidad desde hace varios meses no se ha evaporado en 24 horas en un castillo escocés. Los compromisos alcanzados son ante todo una cuestión de realismo; ni F. González, que se ha batido por el "dur" con una tenacidad digna de la Sra. Thatcher; ni el danés Paul Schlüter, que se jugaba esta vez la supervivencia de su gobierno; ni John Major, acosado por los euroescépticos británicos, ni dirigente alguno presente tenía interés en hundir la nave europea.

La primera lección de Edimburgo es esta: cuando la morosidad paraliza todo el mecanismo comunitario; cuando los mercados se alarman; cuando Europa -impotente ante la crisis yugoslava- se desacredita; cuando

las opiniones se repliegan indecisas y cuando los gobiernos (por lo menos algunos de ellos) se dirigen hacia confrontaciones electorales, es decir, en el peor de los momentos, la Comunidad encuentra todavía el resorte interno que consigue salvarla.

La falta de compromiso sobre la cuestión danesa habría supuesto el estallido de Europa. Lo mismo puede decirse, y con mayor seguridad aún, de un fracaso de las discusiones sobre el presupuesto comunitario para los próximos años. Lo peor, pues, ha sido evitado, y los obstáculos que habían surgido estos últimos meses han podido ser superados. Por supuesto ha sido necesario pagar un precio, por lo que ha sido un recurso fácil denunciar -como lo hicieron el domingo varios representantes de la oposición franceses- la Europa "à la carte" que surge de la cumbre de Edimburgo.

¿Debía oponerse a los electores daneses la rigidez absoluta del principio de una Europa de una sola velocidad y renunciar, de este modo, no sólo a la presencia de Dinamarca en la Comunidad sino también, con toda seguridad, a la de Gran Bretaña?. No se libera uno tan fácilmente de dos países comunitarios. Lo que no quita para que los otros diez hayan aludido a la posibilidad de hacerlo, en el futuro. Si han actuado así ha sido para salvar el tratado de Maastricht de un posible segundo "no" danés. El tratado, han afirmado, será en cualquier caso aplicado por aquellos que lo hayan ratificado. También lo han hecho, tal vez, para ayudar a Schlüter y a Major a imponer el tratado en sus propios países, haciendo saber a los electores daneses y a los parlamentarios británicos lo que les costaría a sus respectivos países su rechazo: la salida del club de los Doce.

Sea como fuere, la crisis de fondo persiste. Ello es debido al hecho de que continúa la oposición entre dos conceptos de Europa. Uno librecambista y muy poco vinculante, al que le bastaría una simple cooperación entre gobiernos, y otro que se inscribe netamente en una lógica de tipo federal. Este debate, en modo alguno reciente, no parece algo que vaya a acabar, y será puesto a prueba estos próximos años con ocasión de la construcción de la Comunidad. Nada indica que va a terminar con la victoria de una de las concepciones sobre la otra, y que no hará falta, por el contrario, institucionalizar esa Europa de varias velocidades presentadas por el momento como un arreglo que se espera transitorio.

La débil respuesta de la cumbre a la mala situación económica.

(Peter Norman, en "Financial Times").

La "iniciativa" para la recuperación económica presentada en la reunión de Edimburgo puede, con un poco de suerte, aumentar un poco la tasa de crecimiento de la CE el próximo año.

Sin embargo, el "paquete" -que los líderes de la Comunidad esperan pueda traducirse en una inversión adicional de más de 30 m.m. de ecus procedentes de créditos y avales comunitarios-, queda muy lejos de representar un principio de solución para los problemas económicos reales de la CE y es poco probable que evite nuevos aumentos del desempleo.

En Edimburgo, ni los líderes ni sus ministros de Hacienda trataron seriamente la cuestión del financiamiento de la Alemania oriental, así como tampoco los problemas actuales del Sistema Monetario Europeo. Ahora bien, es precisamente la incapacidad de Alemania de reducir rápidamente su dependencia de la deuda (para ayudar a los nuevos Länder) la que transmite elevados tipos de interés a corto plazo a los otros países miembros del mecanismo de cambios europeo y la que ha contribuido poderosamente a crear las recientes tensiones que han puesto en dificultades al Sistema Monetario Europeo.

El paquete aprobado en la cumbre elude todos esos problemas fundamentales. En cambio, los Estados miembros son alentados para que gestionen con mayor eficacia sus economías, con la esperanza de que esto estimule la inversión. En este sentido se les anima para que, en la medida de lo posible, desvíen recursos hacia los gastos en infraestructura y en equipo capital, reduciendo los gastos corrientes.

En el marco comunitario, estos esfuerzos han de ser acompañados de la movilización de nuevos fondos a través del Banco Europeo de Inversión (BEI) y de un nuevo Fondo Europeo de Inversiones (FEI), con el objeto de lograr una inversión adicional de 30 m.m. de ecus o más en los años inmediatos.

Norman Lamont, ministro de Hacienda británico, dijo que dos fondos "son iniciativas importantes e imaginativas que implican grandes cantidades de dinero que se traducirían en aumentos de la inversión".

El FEI tendrá 2 m.m. de ecus de capital, que será suscrito en un 40 por ciento por el BEI, un 30 por ciento por la Comisión y otro 30 por ciento por las instituciones financieras. Ese capital le permitirá conceder avales por un valor de 5/10 m.m. de ecus. Los correspondientes proyectos -que pueden incluir inversiones en empresas de dimensión media y pequeña, así como gastos de infraestructura- podrían suponer inversiones globales de hasta 20 m.m.

Por otra parte, el BEI creará un nuevo "instrumento de crédito" que le permitirá conceder créditos adicionales por un importe total de 5 m.m. de ecus, destinados a cofinanciar inversiones de infraestructura en la Comunidad en 1993 y 1994. Según Henning Christophersen, el comisario para asuntos económicos, dicho dinero será gastado en gran parte en la financiación de conexiones del sistema de transporte europeo. Estas "conexiones" incluirían la mejora de carreteras y vías férreas fronterizas, así como de los gaseoductos interiores. El BEI podrá utilizar también dichos fondos para financiar proyectos en la Europa central y oriental, tal vez conjuntamente con el Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo, con sede en Londres.

Cristophersen añadió que los 5 m.m. de préstamos podrían traducirse en proyectos valorados en 12 m.m. Lamont, más prudente, habló de posibles inversiones de 7/8,5 m.m. de ecus.

Con el fin de darle al BEI la mayor flexibilidad posible, los reunidos en Edimburgo acordaron que aquel podrá utilizar los recursos adicionales que se ponen a su disposición para financiar hasta el 75 por ciento del coste de un proyecto, frente al 50 por ciento de sus participaciones normales. El tope para préstamos y donaciones, en los casos en que intervengan estas últimas, se eleva al 90 por ciento, frente al 70 por ciento actual.

La iniciativa sobre crecimiento fue la respuesta de la cumbre ante las sombrías perspectivas de la economía de la CE. Según Christophersen, el crecimiento, el año próximo, difícilmente superará el 1%, después del 1,1 o 1,2 por ciento conseguidos este año. El desempleo comunitario, del 11%, aproximadamente, en 1993, podría volver a las cifras de mediados de los años 80. La capacidad de utilización de la industria es sólo del 70 por ciento. La inflación baja, pero no lo suficiente como para que se pueda esperar un descenso de los tipos de interés. Medidas adoptadas en el interior de cada país podrían representar una importante contribución al abaratamiento del precio de los créditos, dijo el mismo comisario. Sin embargo, unos menores tipos de interés no son suficientes en sí mismos para estimular la inversión. Muchas empresas se hallan prisioneras de la deuda. De ahí que la Comunidad haya pensado en la iniciativa para una mayor expansión.

Los nuevos instrumentos, que deberían ser operativos dentro de unos seis meses, irán acompañados en los países más pobres de la CE de un mayor gasto financiado por los llamados fondos de cohesión acordados en la reunión. La CE también pretende mejorar la gestión y la eficacia de los recursos que destina a investigación, y a dar más importancia a la formación profesional.

Aunque algunos países miembros -especialmente Alemania- habían contemplado la iniciativa con notable escepticismo, el comunicado final de la reunión dijo que los líderes estaban "convencidos" de que las medidas adoptadas en este contexto reforzarán la confianza y estimularán el crecimiento y la creación de empleo. Sin embargo, el mismo Christophersen indicó que el paquete sobre créditos y avales no compensará la pérdida de inversiones resultantes de la recesión, que él estima de unos 40 m.m. de ecus para 1993.

El éxito de las medidas acordadas dependerá de la medida en que empresas, organizaciones y gobiernos acudan al BEI y al FEI para aprovechar las nuevas posibilidades de éstos. La realidad puede mostrar que falta la confianza de los inversores.

El cambio hacia la UEM sigue lleno de obstáculos.

(*Martin Wolf, en "Financial Times"*).

La reunión de Edimburgo será celebrada como un triunfo. Convendría, sin embargo, no exagerar la euforia. El viaje hacia la unión económica y monetaria no ha sido suspendido o cancelado, pero el camino por el que ha de transcurrir continua siendo muy accidentado.

Los pasados tres meses han mostrado cuán accidentado puede ser. La última vez que **Financial Times** publicó una tabla de convergencia, el 9 de Diciembre de 1991, muchos pensaron que el Sistema Monetario Europeo -que había operado sin ningún alineamiento significativo durante casi cinco años- ofrecía una vía tranquila hacia la UEM. Las cosas tienen un aspecto muy distinto después de que la lira y la libra esterlina abandonaran el Sistema y de que la peseta y el escudo hayan sido realineados. Lo que le ocurra a la paridad del franco francés en el contexto del SME es probablemente más importante para la UEM que todo lo que hayan podido acordar los 12 líderes europeos en su reunión de Edimburgo del pasado fin de semana.

Es la determinación del Bundesbank de mantener el valor del DM a pesar de la reunificación alemana lo que ha condicionado al SME. Pero no se trata de que Bundesbank se haya lanzado a un ataque quijotesco contra los molinos de viento inflacionistas. Sus objetivos son compartidos por muchos alemanes, como quedó demostrado por los términos en que el Bundestag ratificó el tratado de Maastricht a principios de este mes. Al insistir para que se les dé otra oportunidad de examinar la UEM antes de dar su conformidad a la desaparición definitiva del DM, los políticos alemanes han advertido que se opondrán a cualquier modificación de los criterios de convergencia. Tales criterios, establecidos en Maastricht, requerían y requieren que un país disponga:

- * de "unos tipos de interés a largo plazo cuya media no exceda en más de dos puntos porcentuales de la de, como máximo, los tres países comunitarios que hayan obtenido los mejores resultados en materia de estabilidad de precios"; y
- * de "una tasa de inflación media que no exceda en más de 1,5 puntos porcentuales de la de, como máximo, los tres países comunitarios que hayan obtenido los mejores resultados";
- * de una moneda "que haya respetado los márgenes de fluctuación normales del SME sin haber incurrido en tensiones severas por lo menos durante los dos últimos años anteriores al examen";
- * de una posición financiera pública estable, según esta es definida por el tratado: que, primero, el déficit público no exceda del 3 por ciento del PIB, salvo en el caso de que tal déficit se haya reducido sustancialmente y continuamente, alcanzando un nivel próximo a dicho 3 por ciento, o cuando el

exceso es excepcional y temporal. O que, segundo, la ratio deuda pública/PIB no exceda del 60 por ciento, salvo en el caso que tal ratio esté bajando y se aproxime a un ritmo aceptable al citado 60 por ciento.

¿Cómo se ha estado avanzando -si este es el caso- hacia los objetivos señalados por los criterios de convergencia?.

Ocho países cumplen con el criterio de los tipos de interés, y los mismos ocho lo hacen con el criterio sobre inflación. Los países con unas mejoras tasas de inflación en 1992 son Bélgica, Dinamarca y Francia.

Sólo siete países -el número mínimo exigido para poder constituir la UEM en 1997- cumplen con el criterio del SME. Ahora bien, ¿quién sabe cuántos nuevos alineamientos se producirán en el mecanismo de cambios europeos?.

Sólo Francia, Dinamarca y Luxemburgo, según se estima, cumplirán con el criterio del endeudamiento el año próximo. Y por lo que al de la deuda pública se refiere, sólo cinco países lo cumplen en la actualidad.

Resumiendo, sólo Luxemburgo y Francia pasarían hoy el examen para formar parte de la UEM. Con todo, tanto Alemania como, curiosamente, Dinamarca se hallan lo suficientemente cerca como para poder pensar que resultarían aprobadas. Así, la mitad de los países que reúnen las condiciones necesarias no desean unirse, mientras que, de los otros dos, uno, Luxemburgo, forma parte ya de la unión monetaria.

Irlanda falla todavía por lo que se refiere a la deuda pública. El Reino Unido cumple ahora con la condición de la inflación, pero no con la del déficit fiscal ni con la de la pertenencia al SME. Bélgica y Holanda fallan en los dos aspectos de la política fiscal. España lo hace en todo, salvo en lo relativo a la ratio de la deuda pública. Grecia, Italia y Portugal no reúnen ninguna de las condiciones.

El significado económico de estos criterios, con todo, no debe ser exagerado. No son necesarios lógicamente para el éxito de la UEM. Pero la unión es un proyecto político. Si los políticos alemanes quieren ponerlo difícil, es casi seguro que inventarán todo tipo de dificultades.

Maastricht, lagunas e interrogantes.

(Ian Davidson, en "Financial Times").

Como contraposición a las anticipadas predicciones apocalípticas, el gobierno británico puede sentirse razonablemente satisfecho por la manera cómo ha dirigido los debates de la cumbre de Edimburgo.

El problema danés fue resuelto con un compromiso pragmático, lo mismo que el contencioso presupuestario, y se establecieron límites a la futura labor legislativa comunitaria, esto en nombre del tan cacareado principio de subsidiariedad.

Hasta inmediatamente antes de la cumbre, Gran Bretaña había sido criticada por su "calamitosa" presidencia del Consejo. Pero la verdad es que después de la reunión todo han sido elogios, hasta el punto de ver en ello un buen presagio de cara a la ratificación del tratado de Maastricht por los parlamentarios británicos.

Sin embargo, la reunión de Edimburgo ha dejado en realidad muchas cosas por resolver ("inconclusive affair"). Hace un año, los Doce se hallaban en variados estados de euforia por la conclusión de las negociaciones del acuerdo sobre la Unión Europea. Hoy, el futuro e incluso la situación actual de dicho acuerdo están sujetos a dudas, y estas dudas no han sido despejadas en la reunión del pasado fin de semana.

Los dos principales puntos del tratado son un programa para la creación de la Unión Económica y Monetaria y el compromiso de instaurar unas políticas exterior y de seguridad comunes. Los dos presentan hoy serios interrogantes. Dadas las profundas convulsiones monetarias de este otoño, se hace difícil creer que el programa de UEM sea factible en los términos establecidos en el tratado. Por otra parte, y a la vista de lo ocurrido con Yugoslavia, las pretensiones de llevar a cabo una política exterior común carecen de sentido.

La cuestión más urgente era el galimatías danés: cómo otorgarles a éstos una serie de exenciones lo suficientemente vinculantes jurídicamente para permitirles convocar otros referendums, pero no tan vinculantes legalmente que hicieran necesaria otra ronda de ratificaciones en los restantes países miembros. El círculo parece ahora haber sido cuadrado gracias a la capacidad inventiva de los asesores jurídicos de la Comunidad.

Resulta, sin embargo, que todo el mundo sabe que los círculos, de verdad, no se pueden cuadrar. Las apariencias han sido salvadas en este caso, pero el resultado real es que el tratado de Maastricht ha sido vaciado un poco más de su contenido.

Con todo, el gobierno británico puede creer que la suma de lo conseguido en Edimburgo ha de poder ser contemplado como una doble victoria significativa por su visión de una Comunidad más amplia, más flexible y menos integrada.

La primera mitad de esa victoria es el acuerdo sobre Dinamarca. Si Dinamarca puede ser autorizada a no sentirse obligada respecto a los principales objetivos de Maastricht, tales objetivos no pueden ser considerados realmente vinculantes para los otros Estados miembros.

Pero la segunda mitad puede considerarse tan significativa como la anterior. Se trata de la decisión de abrir negociaciones para el ingreso en la Comunidad de países procedentes de la EFTA. Gran Bretaña habría preferido siempre una Comunidad mayor y menos integrada, algo así como una gran área de libre comercio intergubernamental. Por consiguiente, la combinación de un acuerdo que debilita el tratado de Maastricht y de la decisión de abrir la Comunidad a un número significativo de nuevos miembros tiene todo el aspecto de constituir un fracaso para países como Francia, que pedían una Comunidad más "profunda" y más integrada.

De todos modos, puede resultar prematuro cantar victoria en la larga batalla entre los "amplificadores" y los "profundizadores". Los primeros han ganado en una refriega, con la decisión de abrir negociaciones con los candidatos de la EFTA incluso antes de que el tratado sea ratificado por los 12 miembros actuales. Pero estas negociaciones obligarán a los Doce a debatir cómo una Comunidad más amplia debe ser gobernada y cómo deberá adoptar sus decisiones.

Por definición, los Doce deberán elegir entre una Comunidad faltada de auténtica cohesión por la presencia de un gran número de miembros y otra que deberá aceptar un mayor voto mayoritario en aras a la efectividad. Deberán considerar si el modelo universalista de integración europea puede ser mantenido con la presencia de un gran número de países miembros o si será necesario ir hacia una Europa de múltiples velocidades. Y también deberán analizar si una Comunidad más amplia puede continuar primando el voto de los pequeños países miembros.

En otras palabras, la prevista ampliación de la Comunidad obligará a los Doce a enfrentarse con problemas constitucionales que quedaron más bien arrinconados en el tratado de Maastricht. Esta no será una

agenda atractiva para los intergubernamentalistas; y, sin embargo, en ciertos aspectos de esta agenda "amplificadora" -por ejemplo, el relativo al valor del voto de países grandes y pequeños- Gran Bretaña, como país grande, puede mantener posiciones similares a las de los países "profundizadores". Esta es sólo una de las ironías del juego integrador.

La paradoja es que esas negociaciones requerirán que los que van a ser nuevos miembros juren su compromiso firme de cumplir todas las obligaciones de la Comunidad Europea de la forma en que han sido modificadas por el tratado de Maastricht, pero que tales negociaciones van a ser dirigidas bajo la presidencia de Dinamarca, país que acaba de lograr quedar exento de una buena parte de tales obligaciones.

<...>

Los problemas que va a plantear la eventual admisión de nuevos miembros van a ser considerables y no siempre fáciles de resolver. Es posible que algunos de ellos no lleguen a poner a prueba la mecánica comunitaria. Los suizos han votado ya contra el Area Económica Europea, que debería ser como la antecámara de la condición de miembro de pleno derecho de la CE. Por otra parte, las encuestas de opinión parecen indicar que una mayoría de finlandeses, de noruegos y de suecos se oponen a la integración plena. Pero tal vez cambien de idea cuando vean que el arreglo alcanzado en el caso danés muestra que la incorporación a la Comunidad no significa tanto como se hubiera podido pensar.

CE: España, beneficiada por el compromiso presupuestario.

(David Gardener, en "Financial Times").

Cuando la palabra "bolso" fue pronunciada ante Felipe González en la conferencia de prensa de éste, al término de la reunión de Edimburgo, el presidente de gobierno y los ministros españoles soltaron una carcajada de aprobación por la feliz comparación entre la actuación de González y lo sucedido en 1984, cuando Margaret Thatcher consiguió una rebaja de la contribución del Reino Unido al presupuesto comunitario.

En ninguna ocasión desde entonces había conseguido un país miembro tener tan firmemente a la Comunidad como rehén, y González no tuvo ningún reparo en reconocerlo, al manifestar que había puesto los intereses nacionales de España en primerísimo lugar ("firts, first, firts"), como ingenuamente así lo expresó uno de sus acompañantes.

Felipe González señaló que para España se habrá doblado la ayuda al desarrollo que los países miembros más pobres reciben a través de la política de "cohesión" de la CE, que no es más que la contribución que hacen al presupuesto comunitario los países ricos del norte y del centro de la CE para ser transferida al sur y a la periferia.

El canciller Helmut Kohl, de Alemania, el país que más contribuye, describió la solución alcanzada como "un sólido compromiso entre los países pobres y los más desarrollados".

No es exagerado decir que el futuro de la Comunidad Europea dependía de este compromiso. González y sus aliados de Irlanda, Portugal y Grecia habían pedido que el presupuesto les diera satisfacción, presentando esta exigencia como condición para su aceptación de las exenciones danesas, esenciales éstas para que el tratado de Maastricht pueda eventualmente ser ratificado por los 12 países miembros.

Además, las negociaciones que han de iniciarse el año que viene para la ampliación de la Comunidad con la probable entrada de Austria, Suecia y Finlandia no hubieran obtenido tampoco la sanción de aquellos de no haberse conseguido el acuerdo sobre la financiación futura.

Con todo, y como reconoció el mismo González, el nuevo paquete presupuestario es, en su conjunto, muy limitado si se compara con las cifras más ambiciosas previstas en Maastricht y con la interpretación de las mismas por parte de Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea.

En total, el presupuesto de la CE subirá de 66,8 m.m. de ecus ahora a 88,1 m.m. en 1999, en dinero de hoy. Expresado como porcentaje del producto nacional bruto de toda la CE, tales cifras suponen el 1,2% en 1999.

Delors había previsto inicialmente una subida de hasta el 1,37% a lo largo de cinco años, lo que equivalía a llegar a los 87,5 m.m. en 1987. Delors accedió el pasado mes a un aumento hasta 86,2 m.m. a lo largo de siete años (1,32% del PNB en 1999), pero John Major, como actual presidente del Consejo de la CE, después de rechazar en un principio cualquier cambio, había insistido en quedarse en el 1,25%, lo que habría permitido un gasto de 79,4 m.m. de ecus en 1999 según las presentes proyecciones de crecimiento y de inflación.

El gasto "estructural" total ha de aumentar de 18,6 m.m. ahora a 30 m.m. en 1999. El principal incremento se producirá en los Fondos Estructurales -que alcanzarán los 27,4 m.m. en 1999-, y en segundo lugar vendrá en nuevo Fondo de Cohesión, creado por el Tratado de Maastricht, el cual será entonces de 2,6 m.m. de ecus. El nuevo fondo es sólo para España, Irlanda, Portugal y Grecia, dado que la renta per cápita de estos países no alcanza el 90 por ciento de la media comunitaria.

La solución alcanzada no es mala para Alemania. Es poco probable que se produzca incremento neto alguno de la enorme contribución neta alemana -de 9 m.m. de ecus- al presupuesto comunitario. Por otra parte, y según señaló el Secretario de Estado de Hacienda alemán, las regiones del Este recibirán un trato igual que los países del Fondo de Cohesión, con lo que percibirán unos 13 m.m. de DM a lo largo de siete años. Esto supondrá una rebaja de la contribución presupuestaria neta de Alemania.

La rebaja del Reino Unido, de un valor de unos 2 m.m. de libras anuales y muy criticada por Khol, ha permanecido intacta.

El impopular gobierno francés recibió también un discreto espaldarazo político de sus consocios, abriéndose el camino para una compensación para los agricultores franceses soliviantados ahora a causa del acuerdo agrario de la Ronda Uruguay. Sin embargo, no habrá suavización alguna formal de los límites actuales de los gastos agrícolas, los cuales subirán, como estaba previsto, de los 35,3 m.m. de ecus ahora a 38,4 m.m. en 1999. No obstante, existe un apartado que permite la adopción de las "medidas adecuadas" para hacer frente a las turbulencias cambiarias y el cual, según admiten altos directivos de la Comisión, podría representar un aumento de 1,5 m.m. de los recursos destinados a los agricultores.

Son las "políticas internas" -en materia de medio ambiente, transporte, I+D e infraestructura- las que habrán salido más perjudicadas del éxito de España y de sus aliados. Tales políticas son las que principalmente han dado lugar a la expansión reciente de las competencias comunitarias. El Reino Unido, que prefiere la cooperación entre países frente a las actuaciones comunitarias dirigidas desde Bruselas, sabía bien que era ésta la que más se resintiría de las modificaciones introducidas en el presupuesto. Por consiguiente, no es sólo España la que habrá salido victoriosa del compromiso alcanzado.